

Comenzaré el doctor dixo)
 Toda profesion se elogia
 Á sí misma, y con desvío
 Á las otras de ignorantes
 Trata y apellida. El mismo
 Amor propio, por la inversa,
 Hace que allá en el Olimpo
 Á los que se nos parecen
 Elevemos (que es un lindo
 Efugio para á sí propio
 Sublimarse.) — Por lo dicho
 Defiendo con justa causa:
 Que hay en el mundo infinitos
 Que, sin ser sabios, por tales
 En el vulgo son tenidos:
 La intriga y la petulancia
 Les comunica estos visos;
 Y el arte tambien de hacerse
 Valer, arte poseido
 Mejor por el ignorante,

Que no por el erudito.
 Siguiendo el otro dia las pisadas
 De dos Asnos (sin duda muy amigos,
 Que alternativamente el incensario
 Tomando, con elogio alternativo
 Se alababan, como es costumbre antigua,)
 Escuché al uno de ellos, que así dixo
 Al compañero: dime: ¿no es injusto
 Y necio el Hombre, ese animal tan lindo
 Y perfecto? Profana nuestro nombre
 Supremo, motejando de Borricos
 Á los que son idiotas ó ignorantes.
 Aun mas abusa. — Nuestros regocijos,
 Risadas y coloquios, de rebuznos
 Trata tambien. — Por cierto que los dichos
 Humanos son graciosos pretendiendo
 Aventajarnos tanto. No, no, amigo,
 Tú debieras hablar, y ellos debieran
 Guardar silencio: son muy presumidos:
 No hacen mas que gritar como unos locos.

Pero dexemos á esa gente, amigo:
Tú me entiendes, y yo te entiendo: basta.

Y hablando de los músicos prodigios
Que en tu canto divino el que oye nota,
El propio Ruyseñor es un novicio,
Si se compara con su voz la tuya.

Respondió el compañero: "yo en tí admiró
Qualidades iguales., — No contentos
De haberse así rascado ambos Borricos,
Elogiándose fuéron por el mundo
Mutuamente. — Cada uno en el oficio
De poner en las nubes sus iguales,
Creyó haber hecho un logro peregrino,
Pretendiendo que la honra del elogio
Recayese completa sobre él mismo.

Yo conozco hoy día muchos,
Señor, no entre los Borricos,
Sino entre los racionales,
(Á quienes el cielo quiso
Poner en mas alta esfera.)

Que se estan entre sí mismos
Rascando siempre. — Quizá
Mas de lo que debo digo;
Pero creo que me guarde
Vuestra magestad sigilo,
Ya que deseaba escuchar
Algun rasgo, entre infinitos,
Que al amor propio os hiciera
Ver practicando su oficio
De ridiculizar gentes.,
De esta manera habló el Ximio:
No me han sabido decir
Si tocó el otro puntito,
De la injusticia, porque es
Delicado. Pero digo:
Que el famoso doctor Mono
(Que era sobrado advertido)
Sabía que estaba hablando
Con un señor de grande poderío.

FABULA VI.

EL LOBO Y LA RAPOSA.

¿De donde viene, pues, el que á la Zorra
Conceda Esopo siempre la ventaja
En astutas malicias? Yo investigo
La razon que le mueve, y no la hallo.

Quando su vida defender le importa
Al Lobo, ú atacar la de otro, ¿acaso
Sabe menos astucias que la Zorra?
Pongo á que sabe más, y quizá osado,
Con alguna razon, á mi maestro
Contradiré. — Con todo, en este caso
Cupo tambien por suerte toda la honra
Á la que habita estrechos subterranos.

Vió en el hondo de un pozo cierta noche
Á la Luna (el objeto orbiculario)
La pareció un gran queso: agua sacaban
Alternativamente todo el año
Dos cubos. — Nuestra Zorra por el hambre

Canina aguijonada, en el cubo alto,
(Que el bajo suspendía) se acomodó
Y he aquí que la infeliz en breve rato
Llegó al fondo: quedó desengañada,
Mas vió su muerte cerca. — ¿Como el chasco
Remediar y subir, sin que otro hambriento,
(De aquella imagen misma aficionado,
Y sucesor tambien de su miseria)
Por el mismo camino del trabajo
La libértase? — Dos enteros dias
Sin venir nadie al pozo se pasaron.

El tiempo (que siempre anda) en ambas noches
Disminuido había (á su ordinario),
* Al Astro de la frente plateada
La faz redonda. — Estaba despechado
El animal. — Pasó el compadre Lobo
Por allí muy sediento, y desde abajo
Gritó la Zorra: “camarada mio,

* Verso figurado, para decir que la Luna empezaba á menguar.

Te quiero regalar: ¿no haces reparo
 En este objeto? Un queso es exquisito
 Y sabroso, como obra del Dios* Fauno:
 La leche se la dió la Vaca lo:
 Si Júpiter llegáse á caer malo,
 Recobraría de comer las ganas
 Con gustar un manjar tan delicado.
 Lo que le falta, yo me lo he comido,
 Pero con lo que resta tendrás hartito.
 Baja en el cubo que ahí te puse adrede,
 Bien, ó mal, consiguió lo proyectado.
 El Lobo fué gran tonto en darla asenso,
 Bajó, y su peso al otro cubo alzando,
 Tiró hácia arriba á la Raposa astuta.
 No nos cansemos. — Todos nos dexamos
 Seducir con tan poco fundamento.
 Facilísimamente cada humano
 Cree lo que desea y lo que teme.

* Dios de los ganados.

FABULA VIII.

EL PAISANO DEL DANUBIO.

Nunca es bueno de las gentes
 Juzgar por las apariencias.

El consejo es acertado,
 Bien que nada nuevo tenga.

El error del ¹ Ratoncillo,
 En otro tiempo, de prueba

Me sirvió para un discurso
 Como el que propongo en esta

Fábula. Pero ahora tengo,
 Para darle mayor fuerza,

Al buen ² Sócrates, á Esopo,
 Y á un cierto Labrador que era

De la orilla del ³ Danubio:

¹ Libro VI Fábula IV.

² El mas sabio de los Filósofos, y el mas moral, pero de un exterior casi tan desgraciado, como el que comunmente se atribuye á Esopo.

³ Rio caudaloso de Alemania.

(Un hombre cuya prudencia
 Nos retrata Marco Aurelio
 Fielmente.) — Las dos primeras
 Personas son conocidas;
 Pero en quanto á la tercera,
 He aquí en breve su retrato.
 Su barba era muy espesa:
 Todo su cuerpo velludo
 Representaba la fiera
 Imagen de un Oso hambriento:
 Sus pobladísimas cejas
 Ocultábanle la vista:
 Nunca miraba á derechas;
 Tenía gruesos los labios,
 Y la nariz larga y tuerta:
 Llevaba vestido un saco
 De tosquísima materia,
 Como de pelo de Cabra,
 Y su gran ceñidor era
 De juncos marinos. — Este,

Vestido de tal manera,
 Fué elegido diputado —
 Por quantas ciudades riega
 El Danubio. — No se hallaban
 Asilos en aquella era
 Que la insaciable avaricia
 De los Romanos, por fuerza
 No penetráse. — Llegado
 El diputado, así harenga:
 “Romanos, y vos, Senado,
 (Que ya para darme audiencia
 Sentado estáis) ante todo
 Ruego á los Dioses que quieran
 Asistirme, y que conduzcan
 Con tal acierto mi lengua,
 Que cosa ninguna diga
 Que ser reprehensible deba.
 Sin su auxilio nada puede
 Concebirse que no sea
 Todo mal, todo injusticia.”

Por no invocarle se alteran
 Las leyes. — Testigos somos
 Nosotros á quienes veja
 La Romana ambicion. — Roma
 Es instrumento de nuestra
 Fatalidad, mas que por
 Su disciplina guerrera,
 Por nuestros graves delitos.
 Romanos, temed que venga
 Algun dia, en que los cielos
 Llantos, muertes y miserias,
 En vuestra patria introduzcan,
 Y en el que (en las manos nuestras,
 Por justa compensacion,
 Poniendo las armas fieras
 Que su severa venganza
 Para castigar maneja)
 Os haga nuestros esclavos,
 Alternando las scenas.
 Y ¿por qué lo somos vuestros?

Que me digan, ¿por qué prendas
 Valeis mas que tantos otros
 Varios Pueblos? ¿Qual herencia,
 Ó derecho, soberanos
 Os proclamó de la tierra?
 ¿Por qué venís á turbar
 La vida inocente nuestra?
 Cultivábamos en paz
 Campos felices; y aun eran
 Tan propias para el trabajo
 Del cultivo de la tierra
 Nuestras manos, como para
 Las artes. ¿Qué cosas nuevas
 Á los * Germanos habeis
 Enseñado? La destreza
 Y el valor lo tienen. Si ellos
 Tenido tambien hubieran
 La violencia y la ambicion,
 (Que en vosotros tanto impera)

* Los Alemanes.

Quizás tendrían (en vez
 De vosotros) la diadema;
 Y sin inhumanidades
 Harían buen uso de ella.
 Las muchas que han exercido
 Sobre las Provincias nuestras
 Vuestros * Pretores , son tales
 Que no caben en la idea.
 Aun la magestad de vuestros
 Altares mismos se encuentra
 Ofendida , porque habeis
 De saber que las excelsas
 Deidades , la vista tienen
 Sobre los humanos puesta.
 Y , gracias á vuestro exemplo,
 Nada mas se les presenta
 Que imágenes horrorosas
 De avaricias y violencias.
 Nada contenta á las gentes

* Gobernadores Romanos en Alemania.

Que de Roma la soberbia
 Nos envian : son superfluos
 Quantos afanes emplean
 Los hombres para saciarlas.
 Sacadlas de aquí : protestan
 Mis compatriotas no más
 Campos cultivar para ellas.
 Dexamos nuestras ciudades,
 Y á las montañas desiertas
 Nos huimos (abandonando
 Nuestras caras compañeras)
 Para tratar con los Osos
 Solamente , pues nos llena
 De horrores el dar aumento
 Á una infeliz descendencia,
 Que sirva para poblar
 Un pais que Roma encadena.
 Por lo que hace á nuestros hijos
 Ya nacidos , nada anhelan
 Nuestros corazones tanto

Como el que luego perezcán.
 Vuestros Pretores nos hacen
 Hermanar la suerte adversa
 Con el crimen : luego salgan
 De aquí , pues solo vilezas
 Y una afeminada vida
 Aprenderán en su escuela
 Los Germanos , y se harán,
 Como ellos , gentes perversas,
 Avidas y robadoras.
 Cosas semejantes á estas
 En Roma ví. — Quien no tiene
 Regalos que hacer , espera
 Inútilmente el refugio
 De las leyes que gobiernan,
 Y además su ministerio
 Es omiso en las sentencias.
 Este discurso , algo duro,
 Quizá á ofenderos comienza.
 Ya acabé. Fallad la muerte

Todo Contra mis sinceras quejas.,
 Y dara Pronunciando estas palabras,
 La ma Se postró pecho por tierra,
 Que de Y admiráron todos juntos
 O ig El gran corazon , la buena
 Su cor Capacidad del salvage,
 De los Y su enérgica eloqüencia.
 De esa Nombráronle allí Patricio,
 Ha de Opinando que esta era
 Que p La venganza que exígía
 Va otro Tal discurso. — Luego crean
 Me de Nuevos Pretores ; y manda
 Os mu El Senado , que la harenga
 El prudente Del Rústico por escrito
 Á los Se ponga , para que fuera
 De No Modelo de los futuros
 Y goz Oradores que nacieran.
 Puedo Pero no se pudo en Roma
 Ver sa Imitar largo tiempo esta eloqüencia.